

## **SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS**

**1ª lectura** (Números 6, 22-27): *El Señor te bendiga y te proteja.*

**Salmo** (66, 2-3.5-6.8): *«Que Dios tenga piedad y nos bendiga»*

**2ª lectura** (Gálatas 4, 4-7): *Ya no eres esclavo, sino hijo.*

**Evangelio** (Lucas 2, 16-21): *Le pusieron por nombre Jesús.*

Con deseos de felicidad concluimos un año civil y comenzamos uno nuevo. Por todas partes se ven sonrisas y los saludos y parabienes se intercambian generosamente. La conclusión del año previo trajo probablemente una evaluación de los logros alcanzados y de las tareas que quedaron pendientes. No resulta extraño que muchas personas hagan propósitos de año nuevo en su afán por ser mejores y por contribuir de manera más eficaz a la felicidad personal y a la de quienes componen su núcleo familiar y social.

Por experiencia sabemos que muchos de esos propósitos se quedarán en eso: buenos deseos que nunca llegarán a realizarse, promesas que quedarán sin cumplirse. Pero, en estos días, sin embargo, estamos celebrando que Dios sí ha cumplido sus promesas. Un Dios que al llegar la plenitud de los tiempos nos envió a su Hijo. Solo Él sabe por qué ese momento, solo por Él conocido, marcó “*la plenitud de los tiempos*”. Fue tan discreto en hacer lo necesario para cumplir sus promesas que muy pocos se enteraron de que una nueva humanidad se estaba gestando y comenzaba a vivir en su Hijo hecho carne.

Sin poder precisar la fecha del nacimiento del Hijo de Dios, la Iglesia eligió estos días en los que el sol se va imponiendo minuto a minuto sobre la oscuridad en el hemisferio norte de nuestro planeta. Es la época en la que los antiguos romanos celebraban al Sol Victorioso.

Nuestros antepasados en la fe vieron en Cristo al verdadero sol que disipa todas las tinieblas de la humanidad. Él es el verdadero “*Sol Victorioso*”, y como tal lo celebra la liturgia desde hace muchísimos siglos. Nosotros, herederos de esa venerable tradición, hacemos de estos días una fiesta que celebramos en armonía familiar, a veces difícil y solo tenuemente lograda, y los vivimos como una época de expectativas y nostalgias.

Y todo porque, **«al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estábamos bajo la Ley, a fin de hacernos hijos suyos»**. Este versículo de la carta de Pablo a los gálatas condensa el momento, la acción, el modo de efectuarla, el propósito, los beneficiarios y el resultado de lo que hizo Dios en su Hijo, Jesucristo. Es un hermoso pasaje en el que se menciona, por primera vez, el hecho de que el Hijo de Dios nació de una mujer.

Mucho camino se tuvo que hacer desde esa alusión hasta llegar al título con el que ahora celebramos nuestra fiesta en la octava de la Navidad: **¡María, Madre de Dios!** Un título que dice mucho de María, pero que dice mucho más de su Hijo, pues implica que el pequeño niño a quien vemos nacer en un pesebre es el Hijo de Dios, uno con el Padre desde toda la eternidad y enviado para salvarnos cuando llegó la plenitud de los tiempos.

Jesús no fue un hombre extraordinario al que le fue otorgada la divinidad ni fue adoptado por Dios como si fuera su hijo. Él es el Hijo eterno de Dios que se hizo carne en las entrañas purísimas de María. Decir que María es la Madre de Dios es decir al mismo tiempo que Jesús es ese Dios hecho carne, nada menos que eso.

Hoy nos parece ordinario invocar así a María, y lo hacemos con palabras que hasta los niños aprenden y recitan con gusto: **«Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros»**. Pero detrás de esta expresión hubo populares devociones, profundas reflexiones, agrias discusiones y valientes decisiones.

Con esa fe, madurada con el tiempo y transmitida en ricas formulas, hoy nos acercamos, de nuevo, al lugar en que los pastores encontraron a María, a José y al niño recostado. Como creyentes confesamos que ese niño es el Hijo de Dios, a pesar de que nuestros sentidos perciben tan solo a un pequeño bebé tan necesitado del cuidado de sus padres como lo estamos todos al nacer.

Y para adentrarnos en nuestra fiesta espigemos de esa escena algunos rasgos de María y su divino Hijo. Ella es la madre del Hijo de Dios, lo cual da el título de nuestra fiesta. Ella es la mujer que, llena de ternura, acoge a su Hijo, lo recibe con amor y lo cuida a pesar de los escasos medios a su alcance. Ella es la que muestra a los pastores, y también a nosotros, a su Hijo, que es el camino que hay que seguir. Y ella es la que observa en silencio todo lo que ocurre, lo guarda y lo medita en su corazón, en profunda actitud orante.

Es obvio que este no es momento para entretenernos con todas las dimensiones del arte, pero creo que María ha sido comprendida y representada suficientemente en todas las facetas de su vida: Maternidad, ternura, dolor, amor, entrega y guía que señala el camino y oración.

Que María y su divino Hijo, a quienes hoy celebramos, interceda por nosotros durante todo este año y nos permitan disfrutar la hermosa bendición que escuchamos: **«El Señor nos bendiga y nos proteja, haga resplandecer su rostro sobre nosotros y nos conceda su favor. Que el Señor nos mire con benevolencia y nos conceda la paz»**.

**¡Feliz Navidad y Feliz Año Nuevo!**